

terosos. Ciertamente que la sirvió mal, excitando á la lucha de clases con el fuego de su palabra y de su pluma y rodeándose de hombres á los que, por su exageración furiosa, se apodó «los rabiosos», y que no todos eran sinceros y probos como él. Quiso redimir á la humanidad como Jesús, y como Jesús fué sacrificado. Prendieronle después del combate de veintinueve de Mayo, y le procesaron contraviniendo los decretos de la Convención, que había evocado este género de causas al tribunal revolucionario de París. Se le culpó de arrestos injustos, de planes sanguinarios, de proyectos de degüello; y á todos constaba que era incapaz de querer mal á nadie y que él mismo había refutado por escrito las amenazas y gritos de muerte que se les escaparon de los labios en sus arrebatadas arengas. «Las aristocracias, escribía, no son incorregibles sino porque nosotros no nos cuidamos de rehacer su educación; se habla de ahorcarlas, de guillotinarlas... ¡qué horror!... al enfermo no hay que arrojarlo por la ventana, sino curarlo.» Odioso, feroz, fué el recurso á que apelaron sus enemigos para enagenarle el afecto del pueblo y arrancar su condenación á los jueces, fingieron una carta que un supuesto emigrado dirigía á Challier, y en la que lo instaba á que siguiera disfrazándose con la máscara del patriotismo para servir mejor la causa de la monarquía. Pocas veces habrá tenido aplicación tan cumplida como en este caso el adagio «Bien piensa el ladrón que todos son de su condición.» La gran mayoría de aquellos calumniadores, ya que no todos, eran reos del crimen que imputaban á Challier, sosteniendo correspondencia secreta con los emigrados y con los extranjeros. Pero la estratagema surtió el efecto que sus autores se habían propuesto: la muchedumbre engañada amenazó á los jueces hasta obligarles á pronunciar sentencia condenatoria. Fué esto el diez y seis de Julio.

De nuevo en la cárcel, después de la sentencia, recibió Challier la visita de uno de sus más fieles amigos, Bernasconi, que había intentado salvarle en vano é iba ahora á darle el último adiós. «No te entristezcas, amigo mío, le dijo Challier viéndole mudo de dolor, porque muero por la libertad. Dí que se castigue á los grandes culpables que han extraviado al pueblo, siempre bueno y justo cuando no está seducido; pero que se perdone, en el gran día de las venganzas, á estos millares de criaturas víctimas inocentes del error. No te veré más, Adiós.» En este instante resonó una terrible voz; era la del verdugo. Sin embargo de que amaba entrañablemente la vida, marchó con paso firme al suplicio. En el club de los jacobinos había rasgado un día la imagen de Cristo, llamándole: «Tirano de las almas;» ahora, al pie del cadalso, abraza con efusión al Crucifijo: tales eran de impetuosas y volubles sus impresiones. Atadas ya las manos, dice al verdugo: «Sujétame la escarapela tricolor sobre el corazón», y sube con paso firme la fatal escalera. Un incidente terrible conmovió al público: novel el verdugo, no supo manejar la cuchilla, y hubo de herir tres veces para rematar la faena. Mas no todo había concluido. El ama de Challier, acompañada de una mujer italiana, fué de noche al cementerio de los ajusticiados y

desenterró su cabeza mutilada, la cual, moldeada en yeso, fué paseada de ciudad en ciudad y de club en club. Se tributó á Challier, del mismo modo que á Marat, una especie de culto, del que su vida y su muerte le hacían menos indigno. Su memoria fué honrada; sus palabras, olvidadas; su sangre, vengada por torrentes de sangre, como él había pronosticado. Lo de siempre. Podrán las muchedumbres engañadas abandonar á sus bienhechores y aún contribuir á perderlos; mas luego, vueltas de su error, los elevan á dechados de perfección, les dotan de virtudes sobrenaturales y los inmortalizan recomendándolos á la veneración de las generaciones venideras.

La insurrección ardía en todo el Este y el Sur, del mismo modo que en Lyon. Empujados los marseleses por los amigos de Barbaroux, con los que andaban mezclados ¡oh vergüenza! sus antiguos enemigos los contra-revolucionarios, habían ganado á su causa á las demás ciudades provenzales, incluso Aviñón, y se disponía ahora á unirse con las fuerzas insurrectas de Gard, del Ardeche y hasta de Herault, para luego, juntos todos, darse la mano con los lioneses. Los realistas se conducían como zorros: ocultos tras los girondinos, esperaban sacar las castañas del fuego con mano ajena, contando con que el movimiento se desviaría en provecho suyo, con que los insurrectos acabarían por llamar á las tropas piemontesas, españolas y austriacas, y con que los cantones suizos, neutrales hasta entonces, se declararían contra la República. El resultado dependía de lo que hicieran los departamentos del antiguo Delfinado, especialmente Isere, cuya administración estaba por Lyon y había logrado atraerse por un instante á la Municipalidad y secciones de Grenoble. Si esta ciudad entraba resueltamente en la insurrección, todo el país, desde los Vosgos al Mediterráneo, quedaría segregado de la patria. ¡Lo que influye el individuo en el curso de los sucesos y en el destino de los pueblos! En este supremo instante, la energía de un diputado, Dubois-Crancé, salvó el Este, como la energía de los patriotas nanteses había salvado el Oeste. Desesperadamente luchó Dubois contra los cuerpos constituidos del departamento y del capital; hizo ver claro á los grenobleses que la República se perdería irremisiblemente, y logró captarse la adhesión de aquella población resuelta y sensata. Renováronse las administraciones; Grenoble, Isere, Drome se apiñaron en torno de Dubois-Crancé y cerraron el paso entre Lyon y la Provenza, al tiempo que el general Carteaux, con un pequeño cuerpo del ejército de los Alpes, expulsaba de Aviñón á los marseleses y los incomunicaba con los insurrectos del Languedoc apoderándose de Beaucaire. Con esto quedaba herida de muerte la insurrección en esta parte. No le era más propicia la fortuna en el Delfinado, que, no obstante sentir predilección por la Gironda, se decidió resueltamente por la unidad nacional, y otro tanto hizo la Borgoña, al Norte de Lyon. La República seguía ceñida de un cinturón de fuego; pero el supremo peligro se había conjurado. Trasladémonos al Norte.

Por esta parte, la resistencia de las plazas de Condé, Valenciennes y Maguncia tuvo

entretenidos durante tres meses á los ejércitos sitiadores, y esta paralización fué la que salvó á Francia; pues si en la primavera del año noventa y tres las potencias coligadas hubiesen juntado y llevado sus fuerzas sobre París, es indudable, dado el estado de desorganización en que se encontraba la República, que ésta hubiese sucumbido. Pero en lo que menos pensaban los aliados era en una guerra de principios contra la Revolución y en el restablecimiento de la monarquía de los Borbones. En una conferencia que los representantes celebraron en Amberes el 8 de Abril, el inglés declaró, sin preámbulos ni ambages, que su gobierno quería conquistar, y aconsejó que «cada una de las potencias aliadas procurase conquistar y guardar lo conquistado.» Tristemente impresionado por estas palabras, el príncipe de Coburgo escribió al salir de aquella conferencia á su soberano, el emperador Francisco José II, estas palabras: «La forma de gobierno en Francia es de lo que menos se cuidan las cortes coligadas; no se oye hablar de otros proyectos que de agrandarse y enriquecerse á costa de este país; Inglaterra, Prusia y Holanda desean vivamente el aniquilamiento de Francia.» No se mostró, por lo visto, bien enterado el Príncipe de lo que pensaba su señor, el cual, de acuerdo en este punto con sus aliados, dio una buena reprimenda á su representante por haber tomado en serio la idea de una cooperación desinteresada para restaurar en el trono al hijo de Luis XVI, y le ordenó terminantemente que se ocupase tan sólo en apoderarse de las plazas francesas vecinas de Bélgica, con lo que se revelaba su proyecto de conquistar en la Alsacia.

Otra presa traía divididas á las potencias: Polonia. En mil setecientos noventa y dos, Catalina II de Rusia había invadido Polonia, es decir, lo que quedaba de esta nación después del reparto de mil setecientos setenta y nueve, sublevando á los partidarios de la antigua monarquía polaca y destruyendo la Constitución, puesta bajo la garantía de Austria y Prusia. Ni siquiera por fórmulas se cuidaron estas potencias de protestar de aquella infracción del derecho de gentes; pero no se olvidaron de pedir: Prusia, un nuevo pedazo de Polonia; Austria, la Baviera. Catalina, aunque á regañadientes, cedió á Prusia la embocadura del Vístula, con el puerto de Dantzig, y la provincia de Posen; guardó para sí, incorporándola á Rusia, toda la parte oriental, y por rubor, dejó subsistente, con apariencias de independencia, entre su parte y la de Prusia, un resto de Polonia, menos de lo que ella se adjudicaba. El Austria puso el grito en el cielo protestando de que se hubiese hecho reparto tan importante á espaldas suyas y sin complacerla en lo de Baviera; mas no obtuvo sino bellas promesas, que nunca se cumplían.

Estas disidencias y estas envidias explican la falta de dirección en la campaña del noventa y tres. El rey de Prusia, ocupado en la toma de posesión de las provincias polacas, no maniobró sobre el Rhin á la hora convenida, ni se cuidó de secundar las operaciones de los austriacos contra la frontera francesa del Norte; la misma Austria, atenta á lo que acaecía en Polonia, no reforzó en Bélgica lo que era menester á Coburgo, el cual se halló

imposibilitado de emprender ningún sitio hasta que se le unieron ingleses y holandeses. Por fin, á últimos de Marzo, el rey de Prusia puso sitio á Maguncia con cuarenta mil hombres, dejando otros cuarenta mil escalonados sobre los Vosgos. La empresa era difícil y peligrosa, y habría fracasado seguramente si hubiese habido al frente del ejército francés un general pundonoroso; pero era éste Custine, ligero, vano, presuntuoso, muy pegado de sus talentos militares y de sus artes políticas, que soñaba como había soñado Dumouriez, en una paz y alianza con Prusia, y que, embelesado en estas ilusiones, se estuvo inactivo; cuando pudo haber reunido sesenta mil hombres, roto la línea de observación y hecho levantar el sitio. Nada, nada absolutamente hizo, ni tampoco el que le sucedió, Beauharnais, transcurriendo semanas y aun meses sin que la guarnición de Maguncia oyese hablar de socorro. Gracias que al frente de aquella guarnición brillaban bravos guerreros, que con su ejemplo levantaron el valor del soldado y los ánimos del vecindario: Aubert-Dubayet, Doyré, Maunier, sabio ilustre al par que hábil general, que sucumbió en este sitio, el alsaciano Kleber, que empezaba ahora á labrar su fama en gloriosísima empresa, y con éstos los dos representantes del pueblo, Merlin de Thionvilld y Rewbell, que llevaron con vigor é inteligencia admirables éste la dirección administrativa, el otro la militar. El joven abogado Merlin, seminarista en sus mocedades como nuestro Cabrera, y como Cabrera dotado de genio guerrero, se hallaba penetrado de lo que no había comprendido Custine, de la importancia capital de Maguncia para proteger el Norte y Este de la antigua Galia, y en su consecuencia consagró todas sus energías á conservarla para Francia. No se había movido de Maguncia desde el mes de Enero, preparando las fortificaciones y la defensa, y ahora, comenzado el sitio, cambió en cuanto estuvo de su parte la defensa en ataque, dirigiendo continuas salidas, hoy cargando como un húsar, mañana apuntando los cañones como artillero consumado, y electrizando siempre al soldado, que le seguía frenético á todas partes. Cuando los alemanes columbraban al través del humo su penacho tricolor, «¡ahí está el diablo de fuego!» gritaban, y no osaban siquiera disparar sobre él. Durante más de dos meses, los franceses tomaron casi siempre la ofensiva, fatigaron sin cesar al enemigo, y á poco estuvieron una noche de prender al rey de Prusia en su propio cuartel general. A mediados de Junio se rompió el bombardeo. Veintiocho baterías vomitaron sin cesar sobre Maguncia millares de bombas y de obuses. «Bajo una bóveda de fuego hemos vivido durante cinco semanas, escribía Kleber. Los habitantes espantados pideron salir de la ciudad, y se accedió á su deseo; pero los alemanes por orden del rey de Prusia, les cerraron el paso y cometieron la ferocidad de disparar sobre ellos; los lastimeros ayes de mujeres y niños enternecieron a los franceses, y Merlin mandó reabrirles las puertas. La vuelta de estos infelices agravó la situación de los sitiados. Carne, vino, medicamentos, todo se había agotado; sólo quedaba un poco de trigo, que con dificultad se podía moler, por haber sido incendiados los molinos, y de Francia no se

tenía otras noticias que los rumores propalados por el enemigo de fracasos sufridos por los ejércitos. Entonces perdida toda esperanza de socorro, generales y representantes se preguntaron si no era mejor conservar para la República diez y seis ó diez y ocho mil soldados expertos, que hacerlos perecer de hambre en quince días, y con ellos, á los republicanos maguntinos y renanos que se le habían comprometido por Francia. La respuesta fué unánime: salvarlos: El rey de Prusia no regateó condiciones. El veinticuatro de Julio la guarnición salió con todos los honores, á tambor batiente, cantando la *Marsellesa* y llevando consigo á los patriotas renanos, para cambiarlos en la frontera por prisioneros alemanes, sin otro compromiso que el de no servir durante un año contra los coaligados, lo que la dejaba libre para ir á combatir á los rebeldes de la Vendée. Con razón el sitio de Maguncia ha sido juzgado como una gloria, y sus jefes y soldados citados como modelos. Lo que no quita para que este sitio nos enseñe, una vez más, que no se debe capitular hasta el último extremo. Precisamente, al tiempo en que se estaba efectuando la evacuación de Maguncia, los ejércitos del Rin y del Mosela, empujados, aguijoneados por el Comité de Salvación Pública, salían de su larga inacción y atacaban la línea de observación de los Vosgos. Pero ya era tarde. Culpa fué del general Beauharnais, y sobre todo, del ministerio y de los representantes comisionados, que no supieron llevar aquellos ejércitos al socorro de sus bravos colegas de Maguncia, y que ahora para encubrir su responsabilidad, cometieron la avilantez de declamar contra ellos, impidiendo el canje de los prisioneros, el rescate de los pobres maguntinos, amigos de la república.

Con el sitio de Maguncia corrieron parejas los de Valenciennes y de Condé, dirigidos respectivamente por el duque de York, hermano del rey de Inglaterra, y por el príncipe de Coburgo; mandaban entre los dos poco más de ochenta mil hombres. El catorce de Junio, el duque de York intimó á Valenciennes la rendición. El general Ferrand, que mandaba la plaza, envió al duque por toda respuesta la copia del juramento de defenderse hasta la muerte que la guarnición y los vecinos habían prestado ante el altar de la patria. La réplica del duque fué comenzar el bombardeo, que los habitantes sostuvieron con firmeza y alegría, seguros de recibir socorro. Y en efecto. Carnot apremiaba á Custine á poner en movimiento el ejército francés del Norte, dar batalla para libertar á Valenciennes, ó á lo menos, hacer una correría por la Flandes Belga para distraer al enemigo. Como de costumbre, Custine no hizo nada. El bombardeo era espantoso, alimentado por dos parques, el austriaco y el holandés, con cerca de trescientas piezas de grueso calibre, que en un cerrar de ojos redujeron á pavesas el arsenal y parte de la ciudad. El ánimo de los sitiados cambió. La mayoría de la población seguía resuelta; pero la municipalidad y parte de la burguesía desfallecieron. Vióse ahora á los contra-revolucionarios apelar á todas las artes para apresurar la rendición; promovieron de vez en cuando motines de mujeres y tuvieron siempre al enemigo al tanto de lo que pasaba en la

ciudad. La noche del veinticinco de Julio, tomadas por asalto las defensas exteriores, los hombres se amotinaron á su vez, y la municipalidad declaró que era necesario aceptar la capitulación que ofrecía el duque de York. Previo informe del comandante de ingenieros de que no podrían sostenerse seis días más, el Consejo de guerra accedió, obteniendo como en Maguncia, todos los honores. El veintiocho de Julio salió la guarnición, reducida á la mitad, con los cañones de campaña, y sin otra obligación que la de no guerrear en un año contra los aliados. La pequeña plaza de Condé había capitulado á mediados de Julio. La municipalidad de Valenciennes recibió al Duque de York con banderas blancas y aclamándole su libertador; mas cuál no fué su asombro al ver al príncipe de Coburgo tomar posesión de las dos plazas, no en nombre del hijo de Luis XVI, sino en nombre de su soberano el emperador Francisco II. La coalición no se tomaba siquiera la molestia de velar su verdadero fin.

Rendidas Maguncia, Condé y Valenciennes, el camino de París estaba abierto, y los emigrados no se daban punto de reposo en excitar al de York y al de Coburgo á ir adelante. Por su parte, el rey de Prusia podía atacar á Lorena y á la Alsacia. Todo anunciaba que había sonado la última hora de la Revolución.

Como ocurría siempre, estos desastres repercutieron en la Convención levantando formidables tempestades. El grado de exaltación fué proporcionado á la magnitud del peligro. El odio y la venganza se desataron con infernal furia, poniendo en el deseo y en los labios de los convencionales la palabra «exterminio»: exterminio de todo lo que recordase la realeza, exterminio de todo lo que oliese á girondino, exterminio de los generales que no habían sabido socorrer las plazas, exterminio de todos los que simpatizaran con la contra-revolución ó regatearan su concurso para repelerla. Y bajo el dominio de estas pasiones, se tomaron resoluciones cruentas é inhumanas, dictadas sólo por el temor ó la ira, sin que pudiesen coadyuvar un punto al objeto de conjurar el peligro. El veintiséis de Julio, la Convención votó la pena de muerte contra los acaparadores de los artículos de primera necesidad; el veintiocho, la proposición de Sain-Just, declarando traidores á la patria á los diputados girondinos que se habían fugado de París, y poniendo en acusación á los arrestados; el primero de Agosto, que se confiscasen, en provecho de la República, los bienes de las personas puestas fuera de la ley, que Antonieta fuese juzgada por el tribunal revolucionario, destruir las tumbas de los reyes en Saint Denis y otras partes, conferir á las autoridades el derecho de detener como sospechosos á los extranjeros de las naciones que hacían guerra á Francia, condenar á seis meses de cárcel, ó, caso de reincidencia, á veinte años de cadena, al que se negara á recibir en pago los asignados; por último, y esto es lo más grave, enviar al país insurrecto de la Vendée materias combustibles de toda especie para incendiar montes, cotos y retamas, arrasar los bosques, destruir las guaridas de los rebeldes, talar sus cosechas, cogerles las bestias y llevar las mu-

jeres, niños y viejos al interior del territorio de la República, donde se proveerá á su subsistencia y seguridad.

Fortuna que á estos horribles decretos, sugeridos por la pasión, siguieron otros inspirados en la salvación de la patria. Lo que, ante todo, importaba era constituir un gobierno fortísimo, un gobierno que concentrase en sus manos todos los recursos y los utilizase conforme á un plan sabiamente concebido y vigorosamente ejecutado. El Comité de Salvación Pública, debilitado por la catástrofe del dos de Junio, no había alcanzado el fin para el que fuera creado, de sobreponerse á los ministros é imponer unidad al gobierno; dirigía el ministerio de la Guerra el débil Bouchotte, entregado á los hebertistas, que hacían mangas y capirotas, al punto de costear del presupuesto la publicación del infame diario *Le Père Duchesne*, del que repartían millares de números; Hebert acababa de sostener á Robespierre y la Montaña contra los traidores del antiguo Comité del Obispado, barajados con sofistas y sectarios que comenzaban á hablar de la comunidad de bienes y trataban de suscitar nuevos motines atacando la Constitución del noventa y tres, y á cambio de este servicio y por miedo, el austero Robespierre transigía con aquel hombre depravado y le servía sosteniendo en el puesto al ministro de la Guerra, á pesar de que se sentía humillado con tan vergonzosa alianza y esperaba ocasión para romperla; Cambón tenía las manos atadas, por limitarse su jurisdicción á la administración de los ingresos, sin poder intervenir en la inversión de los fondos; Dantón, habiendo contraído segundas nupcias con una joven de diez y seis años, piadosa y realista, había desaparecido de la escena pública, cediendo á los deseos de su amada. Tal era de profundo y extenso el desbarajuste en las esferas del gobierno. Felizmente, Dantón despierta ahora. El mismo día en que la Convención decretó aquellas violentas medidas, el gran repúblico señaló el único camino de vida en las palabras: «Es preciso erigir el Comité de Salvación Pública en gobierno provisional y que los ministros no sean más que sus agentes.» Si pudo extrañar que le ocurriese esta proposición á un diputado que no pertenecía al Comité, sorprendió mucho más que se opusiese á que fuera inmediatamente aprobada un representante que acababa de ingresar en él y que rendía ferviente culto á las ideas de orden y unidad. Robespierre, y no porque no le satisficiese, sino por temor de que motivase su rompimiento con los hebertistas. Por la actitud de Robespierre, la Convención no otorgó al Comité el título de gobierno provisional, pero consignó que reunía todos los poderes y que podía usar de ellos discrecionalmente. Esto le bastaba á Dantón. Animado con esta declaración, el Comité llevó á cabo, transcurridos unos días, un acto de suma transcendencia. No figuraba entre sus individuos ningún militar, y Barere, cuya perspicacia avivaba el peligro y que había tenido ocasión de conocer á Carnot, propuso al Comité incorporársele, con el objeto de crear un verdadero ministerio de la Guerra por cima del ministro Bouchotte. También Robespierre se opuso á esta propuesta, tanto por temor á los hebertistas como por antipa-

ta á Carnot, que no había querido aprobar los actos del siete de Junio; pero la mayoría, incluso á lo que parece Couthon y Saint Just, apoyaron á Barere, y el quince de Agosto ingresó Carnot en el Comité, en compañía de otro oficial de ingenieros, Prieux de la Coté d'Or, que había de ser auxiliar de aquél fiel y competente. Con ser tan sencilla, esta resolución iba á cambiar radicalmente el curso de los sucesos. La guerra iba á ser dirigida y bien dirigida. La revolución adquiría en Carnot mucho más de lo que había perdido en Dumouriez: una mano más pura para empuñar la espada y un genio más seguro, más profundo, mejor equilibrado para manejarla. Tampoco fué de poca monta el doble golpe que recibió la vergonzosa influencia de Hebert. Aspiraba éste á dirigir el ministerio de Fomento, y á este efecto, intrigaba contra el ministro Garat para reemplazarle. Más dado á filosofar que á administrar, Garat dejó, en efecto, el ministerio; mas no fué Hebert el que le sucedió, sino un amigo de Dantón. De esta suerte se le cerraban al más abyecto de los revolucionarios las puertas de Fomento, al tiempo que, por el ingreso de Carnot en el Comité, se anulaba su influencia en los asuntos de Guerra. Evidentemente, la estrella del Tío Duchesne empezaba á caminar á su ocaso.

Pueblo y Convención coincidían ahora en un mismo pensamiento; rechazar la invasión y salvar la unidad nacional. Mas, al efecto, no bastaba ya con el entusiasmo de los voluntarios, como había bastado el noventa y dos; no bastaba tampoco con la leva de trescientos mil hombres, que no se había llevado á efecto sino parcialmente; requeríase una leva general, en masa. Por feliz coincidencia, habían venido á París, para celebrar el aniversario del diez de Agosto y aceptar la nueva Constitución, ocho mil delegados de las asambleas primarias, y á estos delegados se autorizó, por iniciativa de Dantón, para llamar en todas partes al pueblo á las armas y hacer, de acuerdo con las autoridades locales, el inventario de los granos y de las armas y la recluta de los hombres. El diez y seis de Agosto, los jacobinos acuerdan pedir á la Convención la leva en masa; adhiérense á esta petición las treinta y siete restantes secciones de París, y unos días después, el veintitrés, la decreta la Convención, á propuesta del Comité de Salvación Pública, en los siguientes términos:

«Desde este instante hasta aquel en que los enemigos habrán sido lanzados del territorio de la República, todos los franceses serán llamados al servicio de las armas.

»Los solteros irán á combatir; los casados forjarán armas y transportarán víveres; las mujeres fabricarán tiendas y vestidos y asistirán en los hospitales; los niños harán de lienzos viejos, hilas y vendas; los ancianos se harán llevar á la plaza pública para excitar el valor de los guerreros, el odio á los reyes y el amor á la unidad de la república.

»Los edificios nacionales se destinarán á cuarteles; las plazas públicas, á talleres de armas, y el suelo de los sótanos se lavará con legía para extraer el salitre.

»Las armas de grueso calibre se entregarán exclusivamente á los que marchen contra el enemigo; el servicio en lo interior se hará con escopetas y armas blancas.